

ALFAGUARA



Xavier Velasco

La edad de la punzada



Índice

I

1. ¿Yo campeón?	11
2. Engaño colorido	19
3. Chicas estratosféricas	23
4. Mataminutos.....	27
5. Pueblo ciclistero	33
6. Catorce velas y un pésame	37
7. La ruta de la vergüenza.....	44
8. Steve McQueen va a misa.....	51

II

9. Escupitajo al espejo	61
10. Mina la Vitamina	67
11. Biología apasionante.....	73
12. Viva <i>The Dry Look</i>	77
13. El tambor y la pólvora	85
14. Temporada de rabia	95
15. Diez en Pornografía.....	107
16. Uñas amigas	116
17. Sauna para los tímpanos	124
18. Atributos del sujeto	129
19. Hágase la agujerina.....	136
20. Oda a la gonorrea	145
21. Mio Cid Volador	156
22. Sheilacadabra.....	181
23. Te vinielon a matal	194

24. El músculo del amor.....	211
25. Avenuzaje tortuoso	226

III

26. Con las plumas de punta	247
27. Un pesito pal refresco	259
28. En inglés le llaman <i>Goofy</i>	271
29. El arte de la fuga.....	290
30. Pasabola y ranversé	308
31. Esqueletos al sol	320
32. Super Fun Pack	333
33. Nube abajo.....	348
34. Amarrando navajas	360
35. Trágame, Tierra	371
36. Always crashing in the same car.....	386
37. Dulce cartografía.....	398
38. Los vientos de monzón.....	402

I

«Benditos sean los ladrones que me
robaron mis máscaras.»

GIBRÁN JALIL GIBRÁN, *El loco*

1. ¿Yo campeón?

Octubre 31. No ha dado el mediodía y sospecho que ya es noche de brujas. Vamos todos en una doble fila, escaleras arriba hacia el Salón de Actos. Somos casi doscientos, repartidos en cuatro salones. En el B, que es el mío, soy el cuarenta y nueve de la lista. Es decir, el penúltimo. Sólo que hoy no serán los maestros titulares, sino el director de la secundaria —decimos que es el *Bóxer*, por esa jeta chata de perro asqueado y bravo— quien nos pasará al frente, de uno en uno, para entregarnos *El Boletín*: esa triste libreta que apenas con dos meses en el segundo año ya habla tan mal de mí. Tampoco va a llamarnos por orden alfabético, si como es la costumbre en estas solemnísimas ocasiones, comenzará por los peores alumnos, de forma que al final los mejores reciban un aplauso. Cuando menos así lo explica él, pero yo estoy tan cerca de saber la verdad que me crece el vacío en el estómago no bien el *Bóxer* hace su espeluznante entrada y alza la voz delante del rebaño:

—¿Sagrado Corazón de Jesús...?

—En vos confío.

—¿San Juan Bautista de La Salle...?

—Ruega por nosotros.

—¿Viva Jesús en nuestros corazones...?

—Para siempre.

—Sentados.

En momentos como éste, los rezos de rigor suenan como las órdenes al pelotón de fusilamiento. Yo apenas si los oigo, algo me dice ya que mis nervios de punta son los del infeliz que está solo entre paredón y pelotón. Hago cuentas: de las once materias debo de haber tronado cinco, cuando menos. Podrían ser hasta siete, justo los días que faltan para que cumpla los catorce años.

La primera quincena troné una, la segunda tres y la tercera cinco. No sé qué está pasando, nunca antes reprobé tantas materias en tan poco tiempo. Es como si cayera en espiral hacia el fondo de un remolino hambriento. No logro controlarlo, está dentro de mí, me digo de repente y ya sé que de nada serviría inventarme una excusa con esos argumentos. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya no sé qué me pasa! ¡No soy yo, se los juro! Y lo peor es que es cierto, pero Alicia y Xavier no están para saberlo. Según calculo, éste es el resultado de una caída tan larga que empezó cuando entré a primero de secundaria, hace catorce meses, y no se ha detenido, ni se va a detener si no ocurre un milagro de aquí a mi cumpleaños. Ahora mismo no temo reprobarme seis o siete materias, sino que esa desgracia tenga que suceder a sólo siete días de que el milagro cruce las puertas de mi casa. Un milagro rodante con las llantas de taco, salpicaderas altas y motor Honda a cuatro tiempos de noventa gloriosos centímetros cúbicos.

Es cierto que las motos son emocionantes y a mí me encantaría echar carreras y caballitos con ella, pero lo que yo busco, lo que más me interesa y a nadie se lo puedo confesar, es que esa moto roja me consiga una novia. Si yo tuviera novia, estudiaría con gusto. Pasaría las materias. Soportaría fumarme estas seis horas diarias de mierda tras las bardas malditas del Instiputo Simón Bolívar, un purgatorio sólo para varones divididos en dos grandes manadas: los bravucones y los lambiscones. Unos y otros listos para reírse juntos y contentos a costillas de alumnos como yo, que estoy a unos instantes de formar fila entre la escoria de la escoria escolar y ser oficialmente un inadapado.

Cuando escucho mi nombre de los labios del Bóxer, es como si me dieran con un marro en la sien. Había contado con ser el sexto, hasta con suerte el décimo de atrás para adelante, no puede ser que me llame el primero. ¿Qué está diciendo el Bóxer? ¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Cómo yo? ¿Yo tengo once materias reprobadas? Todavía no atino a darme cuenta del efecto que tiene mi cara de sorpresa sobre la multitud, y en especial esa pregunta: ¿Yo? Resuenan ya risas y risotadas y el Bóxer las de-

tiene con una mano en alto, pero no porque haya pensado en rescatarme sino porque es su turno para hacerlos reír.

—¡Felicidades! —alza los brazos, hace una mueca de falsa alegría—. ¡Acabas de romper el récord de esta escuela!

—¡No puede ser, profesor! ¡Tiene que haber una equivocación! —insisto, entre la carcajada general.

—Ahora sí reprobaste todas, todas. Eres el peor alumno de esta escuela, y de la historia entera de esta escuela —lo está gozando tanto que se levanta: —Por favor, un aplauso para su compañero.

Y aquí están aplaudiendo, los doscientos. Camino tembloroso de mi silla a la mesa del director, perseguido por aplausos y risas. Una vez que me entrega el boletín, recobra su mirada de pocas pulgas y esa nariz de perro huelefeo que hoy me dedica el más sincero de sus ascos. ¿Qué diría el pinche Bóxer si supiera que mi mayor aflicción no es preguntarme cómo pude haber hecho para reprobado Ética, Inglés o Educación Física, ni saber que ahora soy tan famoso que ya ni en el recreo van a dejarme en paz, sino nomás temerme que a mi moto le están saliendo alitas? ¿Me la van a quitar sin habérmela dado, tan siquiera? La hilera se ha hecho larga y culebrea ya por los pasillos del Salón de Actos, una vez que todos los reprobados estamos de pie y comienza don Bóxer con los aplicados: esos alumnos raros que no saben lo que es tronar una materia, ni creen que exista vida más allá de un examen extraordinario. Hace un año, yo era casi uno de ellos. Reprobaba de pronto una materia o dos, no parecía demasiado difícil salvarlas todas en la misma quincena, ni desde luego terminar el semestre sin un solo promedio reprobado.

Aquí, en el Instiputo, ser de los reprobados tiene un precio especial. Además de regaños y castigos en la casa, soporta uno el desprecio de los más aplicados, que en mi caso es la gran mayoría, gracias a un reglamento que da y quita *minutos* al salón. En su oficina, el Bóxer guarda la lista oficial donde están los *minutos* de cada grupo de la secundaria. Si el alumno González no guarda estricta disciplina mientras formamos filas, el Bóxer nos lo anuncia en el megáfono: Diez *minutos* menos

a Tercero B, por González que está platicando. Cuando el salón junta trescientos sesenta *minutos*, tiene derecho a un día de paseo por un horrible club deportivo al que nos llevan en un par de autobuses, lejísimos. Y eso sucedería la semana próxima, sumando los *minutos* obtenidos por cada alumno que se fue sin tronar, pero no va a pasar porque ya el Bóxer saca la cuenta de todas las materias reprobadas y le quita al salón tantos *minutos* que el día de paseo queda otra vez bien lejos. Agradezcan a sus compañeros irregulares que se van a quedar sin salir, siembra cizaña el Bóxer, como esperando que a los reprobados nos queme la vergüenza y andemos quince días con la cabeza gacha y nunca más volvamos a reprobamos. Sí, cómo no, pendejo, rujo entre dientes y me encierro en mí mismo para no escuchar más los comentarios. ¿Por mi culpa no vamos a salir? ¡Pues me alegro!, le gusta decir a Alicia, generalmente cuando está enojada, y eso es lo que yo opino en este momento. Me alegro, que se jodan. Para que sigan riéndose de mi desgracia.

¿Qué es lo peor que le puede pasar a quien ya le pasó lo que, según creía él, era lo peor que podía pasarle? Es casi mediodía y ya camino a solas por el patio, como todos los días, sólo que ahora empeñado en dar con un rincón donde no haga reír a nadie más. ¿Creen acaso que porque yo repruebo más que nadie no puedo darme cuenta de cuán pendejos son? ¿Alguien me vio estudiar, tomar algún apunte, atender a una clase o siquiera entregar una tarea? ¿Y si les confesara que el consuelo por ser el peor alumno de esta escuela está en que eso comprueba que no somos iguales? ¿Ah, verdad, putos?

Desaparezco al fondo de la cancha de fut, no nada más porque es el único rincón vacío del Instiputo, también porque detrás está la calle. Y mejor, la avenida. Puedo cerrar los ojos y escaparme un ratito con la imaginación. Me agarro la muñeca derecha con tres dedos de la mano izquierda: se me acelera el pulso siempre que oigo rugir una moto. Pensándolo otra vez, todavía no me pasa lo peor-peor que podía sucederme. ¿O es que seré tan bruto de ir a entregarles a Alicia y Xavier el boletín con todas las materias reprobadas, a una semana de que sea mi cumpleaños?

Ya en el salón, abundan los chistosos. Es como si se hubieran puesto de acuerdo y se turnaran para remedarme. ¡Yooooo!?, exageran y festejan, aun los que tienen cinco y seis reprobadas, pero yo los ignoro porque estoy concentrado en inventarme un plan. ¡De ninguna manera!, me ordeno, imitando de dientes para adentro la gravedad del Bóxer, no voy a permitir que la noticia aterrice en Calle Once número uno antes que esas dos llantas de motocross. Si hasta el Bóxer opina que soy lo peor entre lo peor, qué tanto más abajo puedo caer, me burlo ya de mí, sin afligirme mucho porque a cada minuto me importa menos lo que está aquí pasando. Antes, cuando veía que otros caían en desgracia delante de todos, me preguntaba qué tanto sentirían. ¿Llorarían por días y noches sin final? ¿Estarían temiéndose que sus papás los iban a encerrar en un internado?

No sé bien qué se siente al reprobar las once, tal vez porque no acabo de creérmelo, o porque pienso que fue un accidente. Algo que me pasó, no sé por qué ni cómo. Algo que no me importa. No es que no me proponga mejorar, pero yo cómo le hago si mi cabeza está en otra parte. De niño era posible controlarlo, aunque fuera nomás por el miedo a terminar en un pinche internado. Pero ahora me da igual, o por lo menos ya no siento ese miedo. Quiero decir que ya hace como un año que a mi miedo lo tengo entretenido en otros asuntos. Nunca antes tuve tantos secretos, menos tan vergonzosos. Ser descubierto en uno solo de ellos me da más miedo que reprobar el año. ¿Qué haría en un hospicio? Escaparme, ¿qué más? ¿Pero cómo me escapo de ser el niño mimado, calentón y cursi de Calle Once número uno? Me digo: reprobando once materias, y vuelve la aflicción. ¿Cómo le voy a hacer para evitar que las huellas del Bóxer lleguen hasta mi casa de aquí a una semana?

—Quítale la bocina al teléfono —se acerca a aconsejarme Cagarcía y de paso me dice, en voz bajísima, que él no aplaudió en mi contra y que ese pinche Bóxer va a tener que pagármela.

—¿Y si son dos teléfonos?

—¿Dos extensiones? —piensa, se hace el sabihondo—. ¿Pues tú qué crees, pendejo? A los dos se las quitas y ya.

—¿Y cómo voy a hacer para que no hagan caso cuando oigan ¿bueno?, ¿bueno?, soy el Bóxer, llamo del Instiputo...

—Le quitas el audífono, o lo dejas ahí y aíslas el contacto con periódico. ¿Ya me entendiste? ¡Burro pero mañoso, chingao!

—¿Tú cuántas reprobaste?

—Cinco. No te asustes, campeón. Tu récord no peligra.

—¿Qué te van a decir en tu casa?

—Nada. Yo también voy a operar el teléfono.

—¿Hasta cuándo?

—No sé. Hasta que se me pierda el boletín —sonríe y hace que me gane la risa. Le digo Cagarcía porque es igual que yo: todo le sale mal. Pero sigue sonriendo, como si se esmerara delante de un espejo en plantar esa jeta de diablo vacilón. Pela los ojos, alza las cejas, se rasca la barbilla, me da más risa y me tapo la cara para que no se entere el profesor de Inglés, que es además nuestro titular y lleva todo el día echándome unos ojos de reproche que cualquiera diría que maté a mi mamá y me la comí.

Tampoco Cagarcía le cae bien. Es uno de esos maestros amigables que te dan en la madre sin dejar de sonreír. Un día te pasa al frente a contar chistes, al siguiente vas a la dirección con una doble nota en disciplina. Se apellida De la Peña; Cagarcía y yo le decimos *Melaordeñas*. Es como el jefe de los boy scouts y está siempre rodeado de lambisconcitos. ¿Cómo voy a explicar en mi casa que reprobé hasta Inglés, que es lo único que se supone que sé, si las clases que tomo en el Instiputo apenas pasan de pollito-chicken y gallina-hen? ¿Esperaba el pen-dejo Melaordeñas que me pusiera a conjugarle verbos por escrito, en presente, de uno en uno? ¿Que copiara en dos tintas sus fucking examples?

Según Cagarcía, todo eso demuestra que Melaordeñas la agarró en mi contra. Pero a ver, digo, ¿quién no va a aprovechar para agarrarla en contra del pinche peor alumno de la escuela? Entreabro el portafolios, meto la mano izquierda y alcanzo el boletín, aunque no deje de mover el brazo para que piensen que sigo buscando. Me asomo y lo abro en la página de las calificaciones. Once números negros entre el cero y el

cinco, encerrados en once círculos rojos. Se me hace que por fin averigüé qué es lo que pasa cuando pasa lo peor. Pasa que no lo crees. No puede ser, te dices. ¿Yo? ¿Cómo yo? ¿Qué tiene de gracioso que el acusado se defienda diciendo que a lo mejor hay una equivocación? ¿Si lo digo en inglés me la dejan en diez reprobadas?

Dan las dos de la tarde y es como si cruzara una frontera. Por más que poquito antes de la hora de la salida Melaordeñas jodiera con que no se les olvide traer mañana el boletín firmado, ¿eh?, y mirara hacia mí justo en ese momento, agarro el portafolios y me lanzo al pasillo sin pensar un instante más en el mañana, porque para mí el día sólo empieza cuando logro salir del Instiputo y cruzo la avenida, ya instalado en un mundo diferente donde todavía soy el que era ayer y voy a cumplir años y sueño en ir volando por las calles de Club de Golf México en una moto roja con las llantas de taco y una guapa en la parte trasera del asiento.

Estoy parado enfrente del Instiputo, llevándome el carajo todavía, pero mi primer mérito como buen mentiroso consiste en esperar a mi mamá con la cara de mustio en su sitio. Ni triste ni contento, sólo despreocupado. Como si en vez de volver fatigado de otra mañana negra en esa escuela ojeta, con mi desgracia oculta en el portafolios, viniera de la playa cargando unos esquís. Veo un trozo del coche y ya la reconozco. Me levanto, correteo a abrir la puerta y cerrarla bien pronto, no sea que a algún idiota se le ocurra gritar un chiste malo sobre mi nuevo récord de once tronadas. Ya adentro la saludo, le doy su beso, suelto el aire y termino de transformarme en yo, ahora que el coche avanza y deja atrás el mundo en blanco y negro del que por hoy no quiero saber más.

Odio esta hora del día, por más que sea gloriosa. No soporto el calor de la calle, ni el coche, ni el camino, ni la estación de radio, ni la sopa que luego me quemará la boca, mientras voy figurándome qué jodidos le voy a inventar a Alicia, hoy que viene de tan bonito humor, si me pregunta por el boletín. No me lo han dado, claro. ¿Una semana entera voy a decir lo mismo? Sólo si me preguntan. De la tarde a la noche, y maña-

na temprano, con Xavier, haré milagros para que el tema de la conversación no se cargue ni un poco hacia la escuela. Llevo años preguntándome cómo pueden creerme cuando les digo que se me olvida entregarles las calificaciones. ¿Será que ellos también se olvidan de eso, o que tampoco quieren acordarse? Por si las moscas, hablo como perico, y de paso me entero de que Alicia va a salir en la tarde. Tengo que ir a Polanco, me comenta y me invita a acompañarla, pero le digo que necesito estudiar porque pasado mañana va a haber examen. Sirve que así la ayudo a convencerse de que las calificaciones no están listas. Según Xavier, eso es matar dos pájaros de una pedrada.

¿Vas a tener examen el día de muertos?, alza las cejas y me mira profundo, pero está jugando. Por fin se le acabó de pasar el coraje por las tronadas de hace quince días. Tengo uno al día siguiente, abro los párpados como un boy scout previsor, y otros dos al siguiente del siguiente. Serán unas tres horas, entre que se va y vuelve. Tiempo más que bastante para experimentar con el teléfono. ¿Bueno, bueno?, ¿quién habla? No se oye, señor Bóxer. ¿Ya se quitó el bozal?

2. Engaño colorido

El engaño es tan grande que no hay manera de entrar en la casa sin acabar topándose con él. Es un engaño caro, además, y puede que ahí empiece la falsedad. Cada vez que hago cuentas, me asombra que el pintor haya cobrado lo que podría costar un coche nuevo a cambio de contar puras mentiras obvias, empezando por ese perro afgano entre apuesto y sarnoso que no termina de parecerse al mío.

¿Ése es Tazi?, preguntan mis amigos o mis primos cuando miran el cuadro y no se explican cómo es que tiene el cuerpo tan pelón, cuando en la realidad es todo melena. Mire, señora, es un perro muy guapo, si lo pongo tal cual se come al niño, nos explicó el pintor alguna vez, y yo lo cuento así para hacerlos reír. Y eso no es todo..., sigo como para que nadie ponga en duda que nada hay de verdad en ese cuadro (y no soy, por lo tanto, el niño bobo que está allí retratado). ¿Qué habría dicho Alicia si un día me hubiera visto echado sobre el pasto con el pantalón blanco? ¿Y si me descubría jugando a la pelota en el jardín con mis zapatos nuevos de gamuza? Claro que eso jamás habría pasado, porque ya ni me acuerdo de la última vez que jugué a la pelota en mi casa. Para pintar el cuadro, hubo que inflar aquel balón viejísimo que dormía en lo más recóndito del clóset. Y en cuanto a lo demás, también es todo falso. En realidad posé sobre mi cama, ya después el pintor se sacó de la manga un árbol y un paisaje de cartón para acabar de colorear el cuento. La única verdad de esa pintura es que el pintor y yo cometimos un fraude. Ese perro con sarna y ese escuincle mamón jamás han existido, que yo sepa.

Me ha costado trabajo desbaratar el cuento que se inventó el pintor y me hace ver como a un niño mimado, tanto

que a veces temo que haga lo que haga nunca voy a acabar de desmentirlo. Odio tener trece años y echar a la basura las mañanas en una escuela donde no hay mujeres. Odio mi bicicleta de panadero. Odio tener vecinas que me gustan (Corina y Mariluchi, por ejemplo, aunque una sea burlona y la otra cursilona) y no atreverme a hablarles ni para decir hola. Odio que mis amigos de la calle me traten todavía como si fuera el escuincle putito de la pintura. Pero eso es lo que soy, seguramente, aunque ya haya pasado un año y medio desde que estoy pintado junto a Tazi y ya casi no juegue con juguetes y me gusten las niñas más que nunca (y que nada, y que nadie).

La verdad es que todo es diferente, aunque el retrato diga lo contrario. A veces se me ocurre que hace más bien que mal tenerlo ahí. No creo que a mis papás les gustara enterarse de las cosas que ahora le divierten al niño, empezando por el penúltimo cajón de la cómoda. Oficialmente, es el Compartimento de Experimentación. Una de esas gavetas gigantescas donde podrían caber cuarenta pantalones y quedaría espacio para un abrigo, pero en vez de eso está llena de tubos de ensayo con polvos y substancias, además de matraces, frascos, botes, un microscopio, dos mecheros y la rana en formol que venía con el Juego de Biología. Me había pasado años suplicando que me compraran el Juego de Química y hasta los doce lo conseguí. Ya me lo habrían quitado si supieran que lo uso para preparar pociones mágicas que agujeran la ropa del enemigo y una mezcla de polvo de clorato de potasio con azufre y carbón vegetal que cuando salga bien se llamará pólvora.

Hasta ahora, mis cohetones no han conseguido más que soltar algunas humaredas amarillas, pero ése no es el único material explosivo que tengo en el Compartimento de Experimentación, donde reina el desorden no por casualidad, ni porque soy así, ni porque mi recámara es de por sí una especie de zona de desastre bajo control materno, sino para desanimar a los curiosos. ¿Qué podría perderse a mis padres, y menos todavía a las muchachas, entre tantos frasquitos y frascotes de vidrio? Son mis experimentos secretos, les anuncio, esperando que en esos momentos no me vean a mí, sino al niño del cuadro que

es mimado y bobalicón y juega a ser científico y por supuesto nunca se le ocurriría esconder hasta abajo del cajón toda una colección de hojas y recortes con viejas encueradas.

Fulanito trae viejas encueradas, chismeaba alguien, en sexto de primaria, y uno salía volando a mendigar boleto para la función. Pero ahora es otra cosa. Nadie sabe que tengo una colección, lo último que quisiera en esta vida sería hacerme la fama de caliente. No sé por qué, pero desde hace un tiempo me enamoro seguido y cada día más fuerte: quién va a querer ser novia de un degenerado. Si pudiera elegir, echaría esas fotos a la basura, pero temo que el morbo sea más fuerte que yo. Puedo pasarme horas contemplando sus piernas, revisando pezón por pezón, contándoles los pliegues de la piel, mirándolas torcerse sobre la cama si les digo en secreto mamacita sabrosa, mira cómo me pones.

Cada vez que me da por comprar una revista, el plan me toma toda una semana. Es como una cosquilla que se va haciendo grande, y ese puro quehacer me entretiene bastante para ya no pensar en otra cosa. Podría comprarla al salir de la escuela, poco antes de que llegue por mí Alicia, pero me arriesgo a que alguien me descubra y vaya con el chisme, porque la mía es una escuela de chismosos. El Instiputo, claro. Además, necesito presupuesto. Entre el lunes y el viernes, voy robándome moneditas de la cocina. El sábado en la tarde, cuando Alicia y Xavier se van al cine, me escurro por la puerta que da al campo y salgo dando pasos querendones hacia el centro de Tlalpan, en busca de algún puesto de periódicos donde pueda atreverme a pedir la revista.

De repente me tardo un siglo en decidirme, y una vez que la pido siento que se me quema la cara de vergüenza y el corazón galopa como un elefante. Hojeo la revista en algún callejón, me la escondo debajo del suéter y me escurro de vuelta hacia la casa, esquivando a los veinte o treinta niños que a esas horas están jugando en la calle. Misión cumplida, digo resoplando, igual que un boy scout que recién hizo su buena obra del día, y me encierro en mi cuarto a darle el visto bueno a la compra.

Ya sé que afuera hay niños jugando a la pelota y el sol sigue allá arriba esplendoroso, pero ninguno sabe de la brisa que en momentos como éstos entra por la ventana y me lleva volando a visitar lugares mágicos y secretos donde no cabe un niño de pantalones blancos cargando su pelota recién inflada. Ni modo, sólo queda seguir con el engaño. Nadie sabe quién soy: qué placer. Qué vergüenza. Qué descanso.

3. Chicas estratosféricas

Entre mi casa y el Triangulito, la calle de San Pedro completa, no debe de haber más de ochenta metros. Desde la jardinera, en la terraza encima del garage, puedo ver hasta San Buenaventura, un poco más allá del Triangulito. La casa es de dos pisos, pero arriba no hay más que tres recámaras y un par de baños. Subiendo la escalera, a mano izquierda está mi recámara. En medio, el escritorio donde hago la tarea, una televisión y un sofá de cuero donde todos los días se me quitan las ganas de hacer la tarea. A la derecha, al fondo del pasillo, cruzando la mesita del teléfono está la recámara de Alicia y Xavier. Según él, las paredes de concreto hacen un poco sorda la casa. Cuando quiero estar solo, puedo cerrar la puerta de mi cuarto o ir a encerrarme en la última recámara, que está aislada del resto de la casa, más allá de la sala y el desayunador y la sala de música, que es adonde aterrizan mis amigos cuando Alicia y Xavier van al cine, a una cena, a una boda, y como de costumbre estoy castigado.

Rara vez nos llamamos. Siempre es más divertido ir reclutándonos de casa en casa. Cuando vienen por mí, sigo en las mismas: refundido por malas calificaciones. Se supone que tengo que estudiar, así que voy y me encierro en mi cuarto y me dedico toda la tarde a entretenerme de cualquier manera. No digo que sea el peor año de mi vida, pero es como vivir amarrado. Casi todas las cosas que uno de nuestra edad quisiera hacer no puedo ni soñarlas sin sentirme ese niño ingenuote que temo que las niñas puedan descubrir. Y ése es el gran problema: las niñas. Las que ya no son niñas (pero tampoco rucas de dieciocho años que cualquier día se fajan a un señor) tienen doce o trece años y quieren un vejete de dieciséis. Si las busco

más chicas, les tengo que llegar con muñeca y paleta. Pero yo creo que hasta ésas me intimidan.

¿De qué les voy a hablar?, me torturo pensando si acaso en un banquete de bodas Alicia va por mí, me agarra descuidado y me sienta entre dos desconocidas. Y si es nada más una, peor. Necesito salir corriendo de ahí, y lo hago en cuanto puedo, agotado de no decirle nada y contestar sí o no a lo que me pregunta. ¿Cómo te llamas? No. Fin de la historia. ¿Qué más debo decir para que entiendan que me cagan esas citas forzadas? Ponen música horrenda, me visten de payaso, me hacen peñarme como un pendejito, me están viendo desde su pinche mesa y esperan que yo le hable a esa niña vestida de señora como si ya anduviéramos dando vueltas en moto. No soporto la idea de que estén ahí enfrente los papás y los tíos y los güeyes a los que llamas tíos viendo si bailas bien o mal con su pollita. Si pudiera elegir, preferiría robármelas antes que soportar el suplicio de bailar una cumbia, cuando no sé ni de qué hablar con ellas. Cada vez que me obligan a estar en una de esas pendejas fiestas, sólo pienso en volver al Triangulito, o hasta a misa, el domingo a las once, donde puedo pasarme tres cuartos de hora mirando a las vecinas persignarse —atrás, con mis amigos, recargados todos en la pared— mientras Xavier y Alicia rezan allá adelante. En los últimos meses, me paso media misa imaginando cómo será llegar aquí en mi moto y estacionarla afuera, detrasito del segundo escalón. ¿Me hablarían las niñas, a la salida? Ya sé que ahora soy como un fantasma, y que si me recuerdan será por el afgano galanazo y no por esa bici de panadero que odio desde la tarde bochornosa en que a media carrera se me atoró un pedal y fui a dar de cabeza al pavimento.

Fue hace algo más de un año. Abrí los ojos a medio San Pedro, sangrando de los brazos, las rodillas, la frente, pero nada más digno de terror que ver a Mariluchi sentada frente a mí en las escaleritas de su casa, rodeada de muñecas, mirándome en perfecto silencio, yo no sé si apiadada o asustada o nomás aguantándose el carcajadón. Por culpa de esa bici panadera tuve que ir a cagarla delante de la puerta de su casa. Nada más levantarme del pavimento, alcé la bicicleta, me monté en ella y me es-

currí a mi casa, como si andar sangrando fuera lo más normal. Y peor: como si nada. Como si no supiera que esa niña de larga melena rubia con la que no había cruzado ni el saludo quedaba para siempre en la estratósfera.

Por alguna razón que no entiendo ni imagino que pueda un día entender, desde ahora sé que Mariluchi y yo nunca vamos a hablarnos. Una razón ridícula que a lo mejor ni existe, pero a mi edad eso de agarrar novia sólo le pasa a aquellos atrevidos que no le tienen miedo al ridículo. Y el asunto es que yo he hecho tantos ridículos que últimamente ya les tengo pavor. En todo caso, lo único que pido es que no haya mujeres presentes. Como lo saben todos en el Instiputo, me da igual el prestigio entre los de mi sexo. No sé pegarle a la pera de espiro, ni atrapar con los brazos un balón ovalado, ni alzar uno redondo con los pies. ¿Qué tanto más se puede uno quemar entre quienes ya opinan que es un animal raro? Lo único que me asusta es que esa fama pueda un día llegar a las pocas mujeres que, aunque no se den cuenta, me rodean.

¿Cómo explico que me haya roto la madre en las meras narices de la vecina y ella no se dignara abrir la boca? ¿O que el pasado Sábado de Gloria nos hayamos bañado a cubetazos con Corina, que vive aquí a una cuadra y tiene unas piernotas y es de lo más simpática y desde entonces jamás ha vuelto a hablarnos? Ninguno lo decimos, pero no tener niñas entre nosotros es una maldición insoportable. Aunque igual no es lo peor que te puede pasar, me consuelo, como sería conseguirte una novia y que los envidiosos te agarren de puerquito. Basta con que se pare un coche lleno de niñas de catorce y quince años y te pregunten por una calle, para que uno de los gañanes de San Pedro grite un *cógetelas* y te las espante. Puede que sea ésa la razón por la que Mariluchi no nos dirige ni la mirada. Sus papás nos detestan, pensarán que queremos cogernos a sus hijas. Las más chicas se llaman Marilí, Marisol y Marisusy. O sea que el hermano ya no pudo evitar que de la Calle Once a San Buenaventura todo el mundo lo llame Maripepe. La mamá, como Mariluchi, es muda. Nunca se mete a defender al hijo, pero nos mira feo cuando lo molestamos. Siempre está en la ventana,

o en la puerta, o en las escaleritas, bien al tanto de todo, y lo peor es que tengo mala suerte con ella porque ya van tres veces que me atrapa diciendo chingados y pendejos. Hace como que no oye, pero me echa unos ojos de nunca-seré-tu-suegra que han terminado por hacerme reír. Todo lo que le quita a uno prestigio con los maricuchos se lo da entre nosotros: una pandilla torpe a la que nadie quiere y en la que sólo se hacen méritos así, haciéndonos odiar. Me ha costado trabajo tener un gang, y ahora me da más miedo decepcionarlos que ganarme esta fama de escuincle insolente que pide a gritos una moto roja. Ya quiero ver la cara que va a hacer la mamá de Mariluchi cuando me mire echar un caballito delante de las puertas de su convento. Broooooom, broooooom, rujo hasta en sueños, y todavía despierto me miro ir y venir entre la Calle Once y la Veintiséis con una chica intrépida pescada de mí. Con permiso, putitos, va a pasar su papá.